

MiGordi

He aprendido a entretenerme con los documentales de La 2. Ahora sé que en Mindanao, en el océano Pacífico, al este del archipiélago de las islas Filipinas, se encuentra una de las fosas más insondables y misteriosas del mundo con casi diez kilómetros de profundidad. ¿Te imaginas poder vivir a casi diez kilómetros bajo el agua? No te lo vas a creer, pero los científicos han encontrado una forma de vida, muy primaria y elemental eso sí, pero forma de vida al fin y al cabo. Increíble pero cierto. ¿Y para qué quieres saber eso, MiGordi?, sé que me quieres preguntar con esa manera tan displicente y sobreactuada de dirigirte a mí, como si yo solo debiera tener tiempo para estar pendiente de los quehaceres cotidianos de la casa, como si una no tuviera derecho a saber cosas. ¿Para qué, MiGordi, para qué? Para tener cultura general, para tener tema de conversación cuando voy al mercado, al chino o al banco cada mes a recoger la paga. Ahora también sé que el puente Danyang-Kunshan es el más largo del mundo y está en China, mide 164 kilómetros y emplearon más de 450.000 toneladas de acero los más de diez mil trabajadores que trabajaron durante los cuatro años que duró su construcción y que con ese acero se podrían haber hecho 65 torres Eiffels. ¿No te parece impresionante que las personas seamos capaces de hacer cosas tan extraordinarias? No hace falta que me respondas. Sé que tu respuesta sería que para qué quiero saber algo así, para qué MiGordi, para qué, pero ya te lo he dicho, para tener cultura general, para tener tema de conversación cuando voy al mercado, al chino o al banco cada mes a recoger la paga.

A veces, cuando terminan los documentales de La 2 que me enseñan cosas muy interesantes para iniciar temas de conversación que vayan más allá de lo mucho que se

nos ha encarecido la vida, de lo complicado que es tener un empleo estable y bien remunerado y de la ineptitud de la clase política que nos gobierna, aparto las cortinas y miro a través de la ventana de nuestro dormitorio y me quedo con la mirada fija, como si estuviera hipnotizada, en el parque infantil que ahora está desierto porque lleva varios meses precintado a la espera de que la nueva corporación municipal ejecute una remodelación, sin esos niños que lo solían habitar con sus risas y sus gritos y sin esas palomas que, decididas, solían comer las migajas de pan de las manos de los niños y de sus padres y abuelos, y me pregunto qué clase de vida hubiésemos sido capaces de dar a los niños que, afortunadamente, el destino no nos quiso conceder. A veces se me hace de noche mirando a través de la ventana, percibiendo la tristeza y la soledad que desprende un parque infantil tan solitario y desamparado, sin la alegría inocente y visceral de todos aquellos niños que solían frecuentarlo y entre los que nunca estuvieron los hijos que nunca, afortunadamente, llegamos a tener.

Durante estos últimos meses en los que tanto nos ha cambiado la vida, también he aprendido a soportar con estoicismo la vileza de este mundo tan opresivo y a quererme más, a valorarme, a sentir que no todo está perdido, que yo no soy la Gordi de nadie, que no pasa nada por estar gorda, que no hay que tener miedo a huir de una situación que genera náusea e incomprensión, y que más allá de tu comportamiento déspota y autoritario hay una vida que merece la pena ser vivida, luchar por ella, como luchan por la supervivencia en el Parque Nacional Serengeti miles de animales durante los períodos de sequía, allí donde la tierra parece agrietarse eternamente, como así recuerdo que lo dijo el narrador del documental, con su voz grave y pausada, allí donde la tierra parece agrietarse eternamente hasta que llegan las lluvias y el río Mara revive y, junto a él, comienza un nuevo ciclo de la vida para miles de animales. Porque todos tenemos derecho a tener segundas oportunidades y a engancharnos a nuevos ciclos.

Porque solo se vive una vez y es terriblemente ingrato vivir con amargura y ansiedad, con algo muy parecido a la vergüenza y a la desesperanza, como si una no tuviera derecho a esas segundas oportunidades que siempre ofrece la vida a quien las busca, porque esta siempre ofrece asideros válidos a los que aferrarse, aunque a veces, cuando estamos metidos de lleno en los matices grises de la realidad, creamos que la vida es tan poca cosa que no merece la pena hacer algo distinto y es mejor dejarse arrastrar por la monotonía y la desidia. Por eso he aprendido a entretenerme con los documentales de La 2, porque ellos, en cierto modo, me salvan de la monotonía y de la desidia.

A veces, cuando termina algún documental ya entrada la madrugada y no tengo sueño y no sé qué hacer, me quedo mirando muy quieta el televisor y recuerdo la insistencia con la que durante años pediste la baja laboral hasta que, al fin, este Estado tan filibustero y parcial, te la concedió para que así pudieras dedicarte con más libertad a holgazanear y a darte a la bebida y al mus y al dominó y a ir de putas cuando no había nada que hacer conmigo, cuando ya me había cansado de tus mentiras, de tu saliva llena de podredumbre, de tu aliento a huevo podrido y de abrir las piernas con impunidad, de una manera dogmática y asquerosamente dócil, dejándome manosear por tus manos sucias que solo obedecían las órdenes marcadas por arrebatos pueriles y estúpidos mientras cada día que pasaba superaba en sordidez al anterior, mientras me encerraba en el aseo a llorar horas y horas y sentía que tu desprecio era directamente proporcional a mi deseo de acabar con mi vida porque, tras sufrir una alteración hormonal que me impidió tener los hijos que, afortunadamente, no llegamos a tener, empecé a engordar muchísimo; me hinché como un globo y, al principio, me empezaste a llamar MiGordi de una manera que me pareció cariñosa, como una broma que acompañabas de algún cachete en el culo, pero luego ya no, luego el MiGordi se convirtió en un apelativo claramente ofensivo que solías acompañar con una evidente cara de asco y con golpes

que acababan en moratones que me duraban varias semanas y que tenía que ocultar cada vez que salía a la calle para evitar que las vecinas me hicieran preguntas indiscretas.

Otras noches, como esta, apago el televisor y, contigo delante, tan quieto, tan sumiso, como si me miraras con un embeleso muy cinematográfico, enseguida vuelvo a escuchar a los vecinos con sus voces, con esas discusiones que antes quedaban ocultas por las nuestras. Ahora oigo perfectamente cómo él le increpa a ella y, además de insultarla, estoy convencida de que la pega y la hace moratones como tú me los hacías a mí, cuando me llamabas MiGordi con un desprecio infinitamente ofensivo y despiadado y me siento muy mal por no coger el teléfono y llamar a la policía, porque nadie debería estar autorizado a destrozarse la vida de nadie, ni a tergiversar la realidad ni a imponer la ley del más fuerte para que otra persona deje de luchar por las cosas por las que lucharía e incluso entregaría la vida si no viviera en un entorno tan hostil y violento. Sin embargo, tengo miedo de dar el paso equivocado, desconfío de las consecuencias que puedan acarrearle meterme en vidas ajenas. Tengo que mirar por mí. No quiero que me traten como una heroína ni como a uno de esos exploradores de abismos que lo embarullan y adulteran todo como si fueran grandes prestidigitadores de la nada. Además, mañana vuelve a ser comienzo de mes y debo irme pronto a la cama para dormir mis ocho horas porque mañana tengo que pasarme por el banco para recoger tu paga, hacer una compra grande en el mercado y adquirir más ambientadores en el chino: tenerte en casa, después de asestarte varias puñaladas mortales mientras dormías, ha generado unas obligaciones en mi vida que no puedo desatender.